

Música Popular: Balance (I)

MAS GRAVES SON LAS AUSENCIAS



EDUARDO DARNAUCHANS:
no tiene escenario



OPA: Cuando empezó el deslumbre

Es imprevisible lo que pueda ocurrir con nuestra música popular. Pese a ello se pueden delimitar algunas características de esta temporada y, por qué no, plantear irregularidades que sería bueno aclarar. La tendencia nueva ha sido la incorporación de recitales especiales, donde figuraron músicos provenientes de otras latitudes al lado de otros que aunque siendo uruguayos se encontraban en el exterior. Hubo un recital que por sus características previas pareció una especie de culminación anticipada de la temporada: el titulado **Jaime Roos en concierto**, organizado para el lanzamiento del tercer larga duración de músico (*Aquello*), con la participación especial de Hugo y Osvaldo Fattoruso, Gonzalo Moreira, Eduardo Márquez y Jorge Trasante. Problemas técnicos hicieron del mismo un hecho lamentable y todo se disolvió en una noche muy fría.

Antes de la irrupción de Jaime Roos, los encargados de abrir el fuego en ese sentido fueron los Fattoruso con la presentación del Grupo Opa y, posteriormente, Ruben Rada en un recital del cine Miami. Distintas combinaciones generaron luego algunos especiales, como Barcarola, que hasta llegaron a la televisión en su era del color (Jaime Roos). Después fueron Eladía Blázquez, Pedro y Pablo, Los Jaivas, Piero, Sui Generis y, por último, los brasileños Geraldo Azevedo, Joyce, Belchior, Toninho Horta, Tutti Moreno, Chico Rodríguez, dejando de lado a algunas visitas siempre habituales (los tangueros de Grandes Valores, Marianito Mores) y algún show (Gilbert Beaud) en el Solís. Toda esta nueva promoción de recitales tiene su valor innegable porque se trata, en general, de músicos con una trayectoria más o menos sobresaliente, con una capacidad creativa indudable y, por tanto, con posibilidades de aportar algo positivo al movimiento de la música popular uruguaya.

Sin embargo, sirvieron también para suavizar la ausencia de muchos músicos que están marginados a pesar de la importancia sustancial que tienen dentro de todo este proceso. Eduardo Darnauchans hace muchísimo tiempo que no pisa un escenario, Washington Carrasco y Cristina Fernández tampoco estuvieron, mientras grupos como Rumbo y Los que Iban Cantando no dieron sus siempre bienvenidos recitales que por meses y meses solían llenar las salas de boca a boca. Porque debieron conformarse con participar en muchos recitales multitudinarios o, como ocurrió con Los que Iban, a hacer una maratón musical hacia fines de año para presentar su nuevo disco sin conseguir la misma repercusión de sus espectáculos pasados.

El ciclo de música popular de la Alianza Francesa quedó reducido a la reposición del excelente espectáculo *Cuando me pongo a cantar* que Eduardo Larbanois-Mario Carrero realizaron para presentar su segundo larga duración y a poco más (Pareceres, Enrique Rodríguez Viera-Javier Silvera), mientras en el Teatro Circular hubo sólo dos recitales de destaque: el protagonizado por MontTRESvideo, Leo Masliah y Carlos Morales con la ausencia de Daniel Magnone, y el que por única vez dio Sylvia Meyer acompañada por Liske hace pocos días. Otras salas que intentaron hacer lo suyo (La Máscara, Notariado) quedaron en intentos individuales, otras decididamente no presentaron ningún espectáculo, otras (Teatro Astral) lo hicieron pero sin continuidad de músicos, otras desaparecieron (Tablas).

Y las ausencias pesan mucho más que lo visto hasta ahora. Porque significan la imposibilidad de observar trabajos con un alto grado de exigencia, con una elaboración plena que había caracterizado, hasta ahora el nivel y la exigencia de la música popular nacional. No se trata de que el nivel y la exigencia estén perdidos sino, por el contrario, de la necesidad de que las mismas sean puestas en tela de juicio, estén conectadas con sus naturales destinatarios, para que de esa manera también se vaya pautando un trabajo sostenido que no puede reducirse —o cubrirse— con la presentación de discos, por más excelentes que éstos sean. Porque la música popular, al igual que cualquier otro proceso creativo, tiene la imperativa necesidad de integrarse a un movimiento vital, a una expresión que debe asumir caracteres colectivos. Es cierto y lamentable que tal urgencia a veces no depende del o de los músicos.

Una manera de suplir las carencias ha sido la organización de espectáculos gigantes que se repiten en el Palacio Peñarol, el Club Atenas o Trouville, Platense, Velódromo, Estadio Franzini. Otra ha sido la creación de recitales con músicos y cantantes traídos de otras latitudes. Ninguna de las dos formas de difusión debe despreciarse pero ellas no pueden servir tampoco para enmascarar una realidad que ahora empieza a afligir más de lo normal.